

cosa insólita la unión de un viejo y una joven. Victor Hugo, a quien parecen salir al encuentro todos los problemas, presenta un ejemplo típico en uno de los primeros cuadros de «La légende des siècles», *Booz endormi*. Más todavía, aunque ya se aproxima, éste no es el caso del amor tardío; puede considerarse lo que llaman los naturalistas un tipo de transición.

Donde se nos muestra plenamente es en la obra que cierra la famosa serie de los Rougon-Macquart *Le docteur Pascal*. Esta contiene el dato inicial, del drama de los señores Insúa y Catá. El doctor ha llegado a los sesenta años, tan absorbido por sus estudios, investigaciones y experiencias, que no ha podido germinar en su alma el sentimiento amoroso. Mejor dicho, sí ha ido germinado lentamente, pero sin hacerse perceptible; hasta que se le revela, en súbita explosión, ante el temor de que el matrimonio arranque de su lado a su sobrina Clotilde. Obra desigual, como casi todas las del célebre novelista, estudia, sin embargo, con lucidez la incubación en el anciano del estado pasional que describe. Donde flaquea, a mis ojos, es en el carácter de Clotilde, no llevada hacia el tío ya viejo por matices de sentimiento que fácilmente pueden existir, como la gratitud por sus beneficios, la admiración por su saber y filantropía, sino arrastrada por amor ardiente, que se revela sobre todo en la preferen-

cia que la arroja en brazos del doctor, desoyendo las sollicitaciones de su joven colega.

En este punto capital, nuestros autores han seguido más de cerca las enseñanzas de la naturaleza. Su Clotilde, esto es su Isolina, no está enamorada de su tío el doctor Juan Antonio; lo quiere, lo respeta, lo admira, le está hondamente agradecida porque les ha dado a ella y a su madre calor, ante la frialdad egoísta de sus deudos, y abrigo, cuando todos las miraban por sobre el hombro. Su afición apenas sospechada, si está sospechada, va hacia el primo mancebo, casi de su edad. Isolina, sobre todo en el primer acto, resulta un tipo lleno de vida, sorprendido en el gran laboratorio del mundo social y arrancada de él para ser llevada en plena lozanía a las páginas del drama.

El doctor, aunque menos original, también está perfectamente diseñado, en el escorzo a que obliga el teatro. En el primer acto, y vuelvo a él, porque me parece acabado, no dice una palabra que no sirva para ponerlo de relieve en la situación altamente dramática a que lo han arrastrado sus sentimientos y las circunstancias, es decir, los sentimientos de los que lo rodean.

El drama arranca espontáneamente de ese germen ubérrimo. Nos lleva sin sacudidas, pero con creciente interés, a la catástrofe presentida, es decir, natural.

No quiere esto decir, ¿cómo ha de quererlo

decir? que no se puedan poner reparos a la obra. El principal se presenta en la última página. Ese modo de terminar *esa* obra resulta en absoluto incongruente. Pedro, el discípulo, cómplice del suicidio, que declara creyente al suicida, que se acuerda, así lo dice, de que sabe rezar, y empieza el padre nuestro, no nos presenta en absoluto aquella relación íntima con la conducta anterior que explica los actos. Y en el teatro no hay que acudir al subsuelo de las almas; hay que ser claros, para que el espectador vea con claridad y con rapidez; condiciones indispensables para producir efecto. ¿No es el drama la primera de las artes efectistas?

ROSTAND EN LA ACADEMIA.

EL ingreso triunfal de Edmond Rostand a la Academia francesa añade una flor más a la gallarda guirnalda que decora la frente juvenil de este favorito de las Gracias y las Musas. El Benjamín de los académicos la ha ofrecido, con actitud gallarda, a sus colegas de inmortalidad oficial en su delicioso discurso de recepción. De sus manos la recogió, con urbanidad algo solemne, el Vizconde de Vogüé, para colocarla en el voluminoso herbario de la docta sociedad. Esperemos que conserve allí por mucho tiempo su frescura y su fragancia.

El mismo Rostand se cuida de decirnos que con este discurso hace su estreno de prosista. Bravo estreno, que no hubiera desdeñado su Cyrano, si su Roxane ideal lo hubiera conducido por la punta de los dedos a la casa fundada por Richelieu. Porque hace realmente el efecto de un discurso cyranesco esta oración de Rostand académico. Hay en él la misma impertinencia gen-

til, suavizada por la cortesanía; el mismo irónico dejo de superioridad moral, que se hace a un lado, por respeto a las conveniencias sociales; la misma idealidad, que eleva sin esfuerzo aparente el asunto y los personajes a las cimas de la vida; el mismo concepto de la poesía como resorte exquisitamente templado del alma humana; todo lo que anima en fin y da lustre a los ricos y sonoros versos del poeta espadachín, que murió del amor de una bella quimera.

Hemos oído a Cyrano, saliendo de la *Pastelería de los poetas* para entrar en la Academia.

No ha desmejorado en el cambio Cyrano Rostand; ni ha salido perdido el poeta de Bornier, porque en lugar de una balada en su elogio, hayan resonado bajo la cúpula los ágiles párrafos en que el nuevo maestro de la lengua ha hecho revivir su pálida imagen y reverdecer el laurel que el entusiasmo nacional entretejió, por una sola vez, en torno de su frente. La prosa de Rostand también tiene alas. Y es un taumaturgo que no puede verter agua, sin que resulte que escancia vino generoso.

M. de Vogüé ha pretendido encontrar analogías entre los dos poetas que se han sentado sucesivamente en el mismo sillón académico. El territorio de la analogía es muy dilatado, sus fronteras muy inciertas: y los inmortales, desde los tiempos en que celebraban sus sesiones en las cumbres del Olimpo, suelen gastar ironías que

se pierden de vista de puro sutiles. El vizconde Henri de Bernier fué un poeta estimable, que logró en una ocasión libertar el alma de su patria del sortilegio de la catástrofe, haciendo resonar con voz vibrante un canto de resurrección, coreado de seguida por el pueblo entero. Su mano tropezó por una vez con la cuerda de bronce que estaba vibrando sordamente en el corazón de Francia, y le arrancó notas de dolor, de esperanza y gloria. Pero fué una vez; y luego, si la buscó, la buscó en vano. El autor de *La Fille de Roland*, consagrado por el triunfo de esta pieza dramática, poeta nacional, no añadió ninguno más al solitario florón de su corona; y en ésa su obra única no es difícil señalar la parte de colaboración del tiempo y las circunstancias.

Su caso, más que al de Rostand, se asemeja al de aquel otro poeta mediocre, Becker, cuyo Rheinlied, improvisado en un momento de exaltación patriótica, lo improvisó poeta famoso, poeta de la patria germánica; pero que en medio de sus otras poesías, fué sólo exhalación fulgurante que trazó rápida estela en un cielo donde apenas brillaban de trecho en trecho pequeños astros remotos y nublados.

Rostand, aunque su amigo y colega M. de Vogüé parezca insinuarlo, no es poeta de una sola obra. *Cyrano* es el sol de su sistema; pero en torno suyo describen órbitas espléndidas, luceros que, sin el luminar que los deslustra un tan-

to, pudieran pasar por soles. Porque ha escrito a *Cyrano de Bergerac*, Rostand es un gran poeta; pero si no lo hubiera escrito, aún sería un poeta insigne, verdadero maestro de *gay saber*, de rica fantasía dramática, prestigiador maravilloso de versos y rimas, feliz inventor de agudezas, pintor sagaz de emociones exquisitas.

Es verdad que después de llegar a ciertas cimas, el alpinista más osado tiene que reposar, y al cabo ha de descender. Con respecto a *Cyrano*, *L'Aiglon* es un descenso. ¡Pero cuántos poetas pasan por notables, y lo son, sin haberse elevado jamás a mayor altura! *L'Aiglon* debió preceder y no seguir a su glorioso hermano. Todavía en esta obra se deja oír demasiado el *virtuoso*, que deja menor lugar al artista, y esconde sin querer al poeta. En *Cyrano* el poeta apenas abandona el proscenio.

M. de Vogüé apunta la razón capital de la inferioridad poética de *L'Aiglon*. Sus personajes están demasiado cerca y son demasiado conocidos. No es fácil apartarlos lo suficiente, para ponerlos a la distancia que exige la perspectiva del teatro heróico. Debo confesar que ciertos personajes de ese bello drama me hacen el efecto de caricaturas, y ciertas escenas, sin poderlo evitar, me colocan por unos instantes en pleno *vaudeville*.

¿Me habré contagiado con M. de Vogüé? Lo que sé es que me he dejado ir tras mis recuerdos

e impresiones. Y por mi parte no estoy encargado de recibir al poeta en ningún cenáculo de eminencias literarias. Puedo vagar y divagar a mis anchas.

La última reflexión que se me ocurre es ésta: Ya está Rostand en la Academia; pero ¿llegará el poeta a ser un verdadero académico? Sin poderles imponer silencio, me están martillando los oídos estas palabras cambiadas entre el conde de Guiche y el glorioso cadete de Gascuña:

— *Voulez-vous etre a moi?*

— *Non, Monsieur, a personne.*

MI PRIMER CONTACTO CON LA INJUSTICIA.^[1]

FUÉ mi padre gran viajero. Parte por afición, parte por motivos de salud, peregrinó mucho por América y Europa, hasta que los años lo obligaron a mayor reposo.

Por esta razón, los primeros de mi vida fueron, no dirigidos, sino suavemente empujados por mi buena madre, quien, ya por ser yo el más pequeño de mis hermanos, ya por mi semi-orfandad, me crió como a un verdadero Benjamín. Todo su empeño era quitarme las espinas de un camino tan enzarzado como el de la vida y evitarme los esquinazos, donde todas las calles son esquina.

El resultado tuvo que ser un muchachuelo tímido y receloso, en un pueblo de arrapiezos fornidos, capaces de darle un susto al miedo. Algo fantaseador también era, pero en ello no tuvo parte ni culpa mi madre, mujer muy casera y muy de su tiempo y de su pueblo.

(1) Inédito y especialmente escrito para «Cultura».

A consecuencia de todo esto, cambié mucho de escuela y después de colegio. Bastaba que no me encontrara del todo a mis anchas, para que yo mismo, con bien pobre excusa, o sin ninguna, me diera de baja.

Al fin, por razón de proximidad, capital para lo asustadizo de mi madre, fui a dar a una de las dos escuelas superiores que había por entonces en la ciudad. Era escuela municipal, es decir para alumnos gratuitos, pero los admitía pensionados. Como mi familia era acomodada, tuve la mala suerte de ser de estos últimos.

Digo mala suerte, porque de allí se derivó mi primer tropezón fuerte con la injusticia, de que conservo memoria.

Era el director más bien de pequeña estatura, pero recio, enjuto, que rara vez sonreía, y cuya mirada severa, a través de los cristales cuadrados de sus espejuelos de oro, me parecía que trataba de insinuarse por las entretelas de mi pobre cabecilla, dispuesta a dejarse penetrar. Tenía don G . . . un concepto, que llamaré singular, de lo vidrioso de sus funciones, a causa de esa mezcla de discípulos que pagaban y que no pagaban; y, por no parecer parcial a favor de los primeros, solía pasarse de imparcial, es decir, solía saltar a pies juntillas la raya de la ecuanimidad y caía de cabeza en plena parcialidad.

A mí me tocó experimentarlo.

Entre mis condiscípulos, uno de los más aven-

tajados, de buena familia, pero pobre y que, como tal, estaba en el colegio, gozaba de gran predicamento con el director; y a lo que recuerdo, lo merecía. Era bastante mayor que yo y debía mirarme con desdén, por mi carácter un tanto añorado. Cierta día, sea por bromear o por amedrentarme, hubo de decirme: «Tengo un cartucho de picapica y voy a soplártelo por entre el cuello de la camisa.»

Me llené de terror y de escozor. Todo atortolado y sudoroso, me fuí para casa y discurrí escribir una carta, lo más patética que me fuera posible, a nuestro don G, que me pareció entonces, a pesar de su corto talle, un Briarero centimano. Detrás de su sombra imponente y protectora me ponía yo, para que con un solo gesto me librase de la lluvia maléfica que ya me torturaba.

Temblando me dirigí de nuevo a la escuela, llena a esa hora de chicos y de bullicio, me deslicé como pude hasta la mesa directoral, y esquivando encontrarme con los ojos de mi verdugo, presenté humildemente al Director mi cartapacio rogándole que lo leyese a solas y se dignase contestarme.

Del todo inesperado y para mí insólito fué el caso que se me presentó. Don G leía y se sonreía, se sonreía socarronamente; a poco me hizo un gesto para que me detuyese donde estaba, y empezó a leer en voz alta ¡qué horror! ¡qué

profanación!, recalcando mis pueriles y torpes frases; y así que hubo terminado su lectura y mi suplicio, me miró por encima de sus cristales cuadrados, y me dijo campanudamente:

«Si te pica, te rascas».

No sentí picazón, pero sí sobre mi cabeza el golpe de una gran losa, que todavía, de cuando en cuando, me pesa.

UNA LECCION DE LA GUERRA

HACE casi un año que consumo buena parte de mi tiempo, leyendo las noticias de la guerra, pesando lo que exponen periódicos de los beligerantes y revistas de los neutrales, amén de folletos y libros de unos y otros.

Por mi parte soy neutral, en cuanto es humanamente posible; quiero decir que, aun cuando deseo el triunfo de una de las partes, de ningún modo quiero el aniquilamiento de la adversa. No pretendo que este sentimiento mío sea el mejor, sólo digo que es el mío; y lo digo, porque hace al caso, por la relación estrecha que guarda con el objeto de este artículo.

Un profesor de la Universidad de Birmingham, Mr. de Sélincourt, en la segunda de las bellas conferencias que acaba de pronunciar sobre «los poetas ingleses y el ideal nacional», dice estas palabras, dignas de meditarse: «Nosotros vemos la contienda como una lucha entre los ideales de la ambición militar, que no reconoce otro derecho

que la fuerza, y el libre y no estorbado desarrollo nacional. Es verdad que para Alemania la guerra se presenta en cierto modo a la misma luz (*in something of the same light*)».

De modo que las naciones confederadas se tienen por defensoras de la civilización, y los gobiernos de sus adversarios creen representar el ápice del progreso.

Añádase a esto que las noticias que comunican al mundo las agencias telegráficas inspiradas por los aliados, son todas favorables a sus armas, y las que transmiten las agencias alemanas y austriacas, nos dicen precisamente lo contrario. No hay que suponer que todo ello sea obra deliberadamente mendaz, como lo creen y lo dicen y lo repiten los parciales de la triple o de la dúplice. Son en mucha parte obra de la ofuscación y de la pasión. Cuando vemos que fuerzas formidables tardan dos semanas en tomar medio kilómetro de trincheras, que al cabo de otras dos han perdido, para comenzar de nuevo la oscilación, y que este flujo y reflujo parece tan constante como el de las mareas, nada de extraño tiene que cada cual pregone un triunfo, cuando son los suyos los que en ese momento avanzan.

Estos movimientos son mucho más extensos en el frente oriental, donde se ganan y se pierden distritos y hasta provincias, sin que dejen de presentar los mismos caracteres fundamentales a los espectadores distantes.

Para mí, que no soy militar, ni diplomático, ni siquiera perito aficionado, el carácter distintivo de esta guerra colosal, y de la madeja de combinaciones que sobre ella y en torno de ella mueven los gabinetes, es el estancamiento. Lo cual no significa que de esos siniestros campos de acción y de inacción no estén manando ríos de sangre y despeñándose cataratas vertiginosas de dinero. Ni que muchos de los gobiernos neutrales dejen de mantenerse en un vaivén, que sería cómico si los momentos actuales no fueran eminentemente siniestros.

Y vamos ya a la lección que encuentro, cada vez más clara, en esta descomunal contienda.

Si nos es tan difícil darnos entera cuenta de lo que ocurre en torno nuestro, de aquello de que somos, por decirlo así, testigos, ¿qué será cuando se trata de lo que se aleja de nosotros y, por consiguiente, cuanto más se aleja? Para lo presente, estamos en la penumbra; más allá se van espesando por grados las tinieblas. No muy lejos, la noche es completa.

Tenemos los hombres del día elementos de información que no conocieron o sólo conocieron a medias nuestros antepasados. Pero lo que nos enseña a voces la guerra actual, entre otras muchas cosas que nos enseña, es que las noticias se falsean en estos tiempos de publicidad, tanto como en las más oscuras épocas del oscurantismo. Son tantos los proyectores de luz que bombar-

dean contra nosotros, que nos atontan y ofuscan; es decir, que no nos dejan ver nada.

Hoy poseemos las gacetas oficiales; los libros azules, blancos, verdes, de todos los colores del iris; los documentos públicos y hasta los privados; las confesiones; las memorias; las famosísimas autobiografías; y, con todo eso, andamos poco menos que a tientas. Sabemos, por ejemplo, casi tanto de las guerras napoleónicas, de que nos hablan infinitos historiadores perfectamente informados, como de las guerras pérsicas, de que no nos habla sino el venerable y tres veces mendaz Herodoto. Lea el que quiera, sobre la campaña de Napoleón en Rusia, nada más que escritores franceses, ingleses y rusos, y me contará maravillas.

Y la razón de estas sinrazones, de por qué uno atenúa lo que otro exagera, éste tergiversa, el otro oculta y el de más allá pretende descorrer el velo, es una sola, que actúa hoy como ha actuado ayer y, probablemente, y sin probablemente, actuará mañana. La razón consiste en que el hombre ve mal cada vez que se pone los anteojos de la pasión. Y lo peor es que los lleva siempre puestos.

Oigo ya las voces de protesta. Yo no me apasiono, dice cada cual; estoy muy lejos, ningún interés me mueve, como no sea el de la verdad. *¿Quid est veritas?* dicen que dijo el desengañado e indiferente Pilatos. ¿Qué cosa es la verdad?